

OTELO William Shakespeare



William Shakespeare



AUDIO_1.m4a

SINOPSIS



AUDIO_2.m4a

Otelo, el protagonista, es un reconocido general de la República de Venecia. Su renombre le ha dado importantes cargos y beneficios a pesar de ser de origen moro -o árabe-, y es nombrado gobernador de Chipre. Gracias a su buena posición logra desposar a la hija de un rico senador veneciano, **Desdémona** de quien está profundamente enamorado. La unión es muy afortunado y feliz durante los primeros años y se instalan en Chipre, donde

Otelo organiza su ejército para hacer frente a los turcos. Su alférez **Yago**, y su lugarteniente **Casio**, son sus dos más íntimos colaboradores y lo acompañan siempre en batalla y en casa. Sin embargo, Yago desea más que nada destruirlo y hacerse con el poder. Yago confabula junto a **Rodrigo**, un antiguo pretendiente de Desdémona para acabar con Otelo. Rodrigo está ofendido por el rechazo de Desdémona especialmente al cambiarlo por un hombre de piel oscura como Otelo. Juntos idean la estrategia de hacer que Otelo entre en un frenesí de celos, pues su amor apasionado por Desdémona lo vuelve susceptible a ese tipo de confabulaciones.

LA TRAGEDIA DE OTELO, EL MORO DE VENECIA



AUDIO_3.m4a

Entran RODRIGO y YAGO.

- **RODRIGO:** ¡Calla, no sigas! Me disgusta muchísimo que tú, Yago, que manejas mi bolsa como si fuera tuya, no me lo hayas dicho.
- **YAGO:** Voto a Dios, ¡si no me escuchas! Aborréceme si yo he soñado nada semejante.
- **RODRIGO:** Me decías que le odiabas.
- **YAGO:** Despréciame si es falso. Tres magnates de Venecia se descubren ante él y le piden que me nombre su teniente; y te juro que menos no merezco, que yo sé lo que valgo. Mas él, enamorado de su propia majestad y de su verbo, los evade con rodeos ampulosos hinchados de términos marciales y acaba denegándoles la súplica. Les dice: «Ya he nombrado a mi oficial». ¿Y quién es el elegido? Pardiez, todo un matemático un tal Miguel Casio, un florentino (casi condenado a mujercita), que jamás puso una escuadra sobre el campo ni sabe disponer un batallón mejor que una hilandera ... si no es con teoría libresca, de la cual también saben hablar los cónsules togados. Mera plática sin práctica es toda su milicia. Mas le ha dado el puesto, y a mí, a quien ha visto dar pruebas en Rodas, en Chipre y en tierras cristianas y paganas, me deja a la sombra y a la zaga del debe y el haber. Y este sacacuentas es, en buena hora, su teniente, y yo, vaya por Dios, el alférez de Su Morería

- **RODRIGO:** ¡El colmo! Yo antes sería su verdugo.
- **YAGO:** Pues ya lo ves. Son los gajes del soldado: los ascensos se rigen por el libro y el afecto, no según antigüedad, por la cual el segundo siempre sucede al primero. Conque juzga si tengo algún motivo para estar a bien con el moro.
- **RODRIGO:** Yo no le serviría.
- **YAGO:** Pierde cuidado. Le sirvo para servirme de él. Ni todos podemos ser amos, ni a todos los amos podemos fielmente servir. Ahí tienes al criado humilde y reverente, prendado de su propio servilismo, que, como el burro de la casa, sólo vive para el pienso; y de viejo, lo licencian. ¡Que lo cuelguen por honrado! Otros, revestidos de aparente sumisión, por dentro sólo cuidan de sí mismos y, dando muestras de servicio a sus señores, medran a su costa; hecha su jugada, se sirven a sí mismos. En éstos sí que hay alma y yo me cuento entre ellos. Pues, tan verdad como que tú eres Rodrigo, si yo fuera el moro, no habría ningún Yago. Sirviéndole a él, me sirvo a mí mismo. Dios sabe que no actúo por afecto ni obediencia sino que aparento por mi propio interés. Pues el día en que mis actos manifiesten la índole y verdad de mi ánimo en exterior correspondencia, ya verás qué pronto llevo el corazón en la mano para que piquen los bobos. Yo no soy el que soy.
- **RODRIGO:** Si todo le sale bien, ¡vaya suerte la del Morros!
- **YAGO:** Llama al padre. Al moro despiértalo, acósalo, envenena su placer, denúncialo en las calles, ponlo a mal con los parientes de ella, y, si vive en un mundo delicioso, inféstalo de moscas; si grande es su dicha, inventa ocasiones de amargársela y dejarla deslucida.
- **RODRIGO:** Aquí vive el padre. Voy a dar voces.

- **YAGO:** Tú grita en un tono de miedo y horror, como cuando, en el descuido de la noche, estalla un incendio en ciudad populosa.
RODRIGO: ¡Eh, Brabancio! ¡Signor Brabancio, eh!
- **YAGO:** ¡Despertad! ¡Eh, Brabancio! ¡Ladrones, ladrones!
¡Cuidad de vuestra casa, vuestra hija y vuestras bolsas!
¡Ladrones, ladrones!
- **BRABANCIO:** [se asoma a una ventana] ¿A qué se deben esos gritos de espanto? ¿Qué os trae aquí?
- **RODRIGO:** Señor, ¿vuestra familia está en casa?
- **YAGO:** ¿Y las puertas bien cerradas?
- **BRABANCIO:** ¿Por qué lo preguntáis?
- **YAGO:** ¡Demonios, señor, que os roban! ¡Vamos, vestíos! ¡El corazón se os ha roto, se os ha partido el alma Ahora, ahora, ahora mismo un viejo carnero negro está montando a vuestra blanca ovejita. ¡Arriba! Despertad con las campanas a los que duermen y roncan, si no queréis que el diablo os haga abuelo. ¡Vamos, arriba!
- **BRABANCIO:** ¡Cómo! ¿Habéis perdido el juicio?
- **RODRIGO:** Honorable señor, ¿me conocéis por la voz?
BRABANCIO: No. ¿Quién sois?
- **RODRIGO:** Me llamo Rodrigo.
- **BRABANCIO:** ¡Mal hallado seas! Te he prohibido que rondes mi casa; te he dicho con toda claridad que para ti no es mi hija, y ahora, frenético, lleno de comida y bebidas embriagantes, vienes de malévolo alboroto turbando mi reposo